



The Theater of Disappearance, 2017
NEON Foundation at Athens National Observatory
(NOA), Athens
Courtesy the artist, Marian Goodman Gallery, New York /
Paris / London y Kurimanzutto, Ciudad de México
Fotografía: Jörg Baumann

Luis J. Martín Cabré*

El engranaje trauma-perversión en el *impasse* de determinados tratamientos

El material clínico de numerosos pacientes actuales en cuyos tratamientos se producen fracasos terapéuticos, interrupciones, actuaciones muy graves y difíciles manejos de la dinámica transfero-contransferencial, nos muestra cómo actúa y qué efectos determina, en ocasiones, el engranaje trauma-perversión cuando se instala en el trabajo analítico. Esta hipótesis nos exige situarnos ante una línea muy sutil que pone en relación dos conceptos psicoanalíticos que por mucho tiempo fueron considerados entidades yuxtapuestas.

No es habitual abordar la conexión entre el trauma y la perversión porque parecerían, en efecto, pertenecer a universos diferentes. El mundo de la perversión se referiría o bien a una estructura psíquica organizada asentada en el concepto de fijación, si la entendemos como

* Asociación Psicoanalítica de Madrid.

una modalidad psicopatológica muy delimitada, o bien —si se prefiere abordar el campo de las modalidades perversas de funcionamiento psíquico— a un mecanismo defensivo suplementario dentro de una estructura neurótica. En cualquier caso, nos encontraríamos ante un espacio esencialmente intrapsíquico, definido pulsionalmente, dotado de un componente narcisista incontenible, generador de un tipo de fantasías en las que el objeto pierde la más elemental dignidad.

El trauma, por el contrario, a partir sobre todo de la aportación de Ferenczi (1932/1984), aparece como una invasión en el yo del objeto de la pasión —o de la locura del amor o del odio— de otro. Es el campo de lo interpsíquico, del intercambio entre el inconsciente de la víctima y del agresor.

Y, sin embargo, parece que algo tuvieran que ver ambos escenarios. Si recorremos las peripecias de la fantasía masoquista de “Pegan a un niño” de Freud (1919/1976), ¿no sentimos la tentación de incluir junto con el anhelo amoroso del niño, que se esconde detrás de la excitación que suscita la fantasía del castigo, la repetición de una experiencia traumática comprometida y entremezclada con todo el componente pulsional y erotizado? ¿Hasta qué punto la repetición no se configura como un concepto clave para vincular algunas de las características esenciales del funcionamiento perverso con la dinámica del trauma?

Desde mi punto de vista, todas y cada una de las modalidades perversas, entendidas como un desafío ético de la vida sexual, señalan una relación fallida con el otro en cuanto sujeto de deseo y de placer, y, desde esta perspectiva, los actos perversos no serían otra cosa que una reedición metafórica de una experiencia traumática no representable, almacenada en la memoria implícita y, por tanto, no recuperable a través del recuerdo y del levantamiento de la represión.

Entiendo que si atendemos los aspectos defensivos de la perversión, incluso en sus modalidades más aparentemente anobjetales o intrapsíquicas, podemos profundizar en las raíces traumáticas que dan vida a la personalidad perversa, tales como la acumulación de microtraumas repetitivos, las comunicaciones familiares patógenas, las separaciones

prematuras o los abandonos, y, en consecuencia, alejarnos de hipótesis innatistas que favorecen desarrollos literarios o filosóficos pero escasamente terapéuticos.

De vuelta en la relación entre la perversión y el trauma, me gustaría defender la hipótesis de que las relaciones de objeto perversas serían maniobras defensivas ante ansiedades catastróficas e intolerables. La relación sadomasoquista, por ejemplo, sería una forma de perversión dominada por un mundo en el que el yo del sujeto estaría fundido con el objeto idealizado, y las leyes del espacio, del tiempo y de la lógica estarían detenidas: la separación, la muerte y el duelo no existirían. El núcleo de la perversión residiría, por tanto, en la defensa extrema ante la angustia de separación, el dolor por la pérdida y el rechazo a resolver los conflictos inconscientes relacionados. La mayor parte de los autores contemporáneos consideran la perversión, tanto en los hombres como en las mujeres, como la expresión de defectuosos o incluso inexistentes procesos de identificación, consecuencia de una difícil, perturbada o incluso imposible desidentificación de una imagen materna preedípica, peligrosamente nociva y onnipotente que ha adquirido su virulencia ante una serie de experiencias de carácter traumático.

A partir de los aportes de Ferenczi y de los desarrollos posteriores de Balint (1968/1993) y Winnicott (1953/2006), Stoller (1975), por ejemplo, describe numerosas observaciones sobre niños prematuros que habían tenido que padecer operaciones quirúrgicas traumáticas, y sobre familias que habían practicado claramente abusos sexuales con los niños. Grossmann (1991), por otra parte, da cuenta también de tratamientos de niños que habían sido objeto de violencias sexuales, en los que se desarrollaba una capacidad extraordinaria de reaccionar al trauma con un comportamiento hetero y autodestructivo.

Sin embargo, la hipótesis que pretendo defender no es una ecuación lineal entre trauma sexual y origen de la perversión. Seguramente la infancia de muchos perversos no ha sido marcada por experiencias de abuso sexual. Lo traumático no puede identificarse con una acción lesiva violenta, sino con una presión psicológica, seductora y autoritaria del adulto

sobre el niño que desmiente su percepción de independencia y de autonomía y su sentido de identidad personal y sexual.

Si los traumas de naturaleza sexual, al impedir el desarrollo de la capacidad de gozar, abren el camino a las inhibiciones sexuales, a la frigidez y, sobre todo, a las fantasías y al placer sadomasoquista, los traumas de naturaleza no sexual desgarran el sentimiento de confianza en el mundo y el espacio transicional que permite sentirse en armonía con los demás, ser portador de deseos y proyectarse en la vida a través de un mundo interno denso de pensamientos y emociones. Cuando un niño se siente sistemáticamente desmentido y negado en sus pensamientos y cualidades, su mundo emocional y afectivo se resiente en su totalidad. Tiene que conciliar su anhelo expectante de unos padres suficientemente buenos con la desmentida realidad de no haber encontrado reconocimiento a su amor. En torno a un niño herido y privado de un mundo emocional compartido puede estructurarse un adolescente aparentemente normal pero detrás del cual se esconde una persona que no dispone de un campo emocional libre y confiado y en quien la experiencia traumática no elaborada destruye la posibilidad de que se perciba como una persona íntegra. Y he aquí el comienzo de una posible estructura o dinámica perversa.

Estamos muy lejos aún de haber llegado a unificar y a integrar todos los parámetros que se abren en la teoría psicoanalítica a partir del desafío que supone la experiencia clínica con pacientes traumatizados que desarrollan actitudes, mecanismos y una organización de las emociones y los sentimientos de tipo perverso. Sin embargo, la escucha de pacientes que practican relaciones sadomasoquistas, determinadas situaciones compulsivas de autolesión física, el problema de la anorexia y la bulimia, la cuestión inexplorada del incesto (practicado tanto por padres como por madres), el problema del maltrato físico y de la humillación a niños y mujeres, la crueldad gratuita practicada contra personas en situación de debilidad o sumisión, la tortura en todas sus formas aberrantes de aplicación, el racismo y la xenofobia, la guerra, el odio y, tal vez, en definitiva, la constatación de estar ante un mundo cultural que no está dispues-

to a renunciar a una sola pulsión, nos obliga a interrogarnos como psicoanalistas sobre qué experiencias desgarradoras están acumuladas en el inconsciente, tanto reprimido como no reprimido, como para generar tanta violencia y destrucción.

Tal vez la escucha y la reflexión de la relación entre el trauma y la perversión pueden permitirnos pensar que el psicoanálisis seguirá teniendo siempre la oportunidad de existir porque muchos pacientes no vienen a nuestras consultas en busca de un valor intelectual o del desciframiento de una verdad; vienen, en cambio, a buscar la ayuda de una experiencia humana que sea capaz de comprender su dolor y, sobre todo, que sea capaz de permitirles encontrar un sentido a su existencia.

Referencias

- Balint, M. (1993). *La falta básica. Aspectos terapéuticos de la regresión*. Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1968).
- Ferenczi, S. (1984). Confusión de lengua entre los adultos y el niño. El lenguaje de la ternura y de la pasión. En S. Ferenczi, *Psicoanálisis: obras completas* (vol. 4). Madrid: Espasa-Calpe. (Trabajo original publicado en 1932).
- Freud, S. (1976). Pegan a un niño. En S. Freud, *Obras completas* (vol. 17). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1919).
- Grossmann, W. J. (1991). Pain, aggression, fantasy and concept of sadomasochism. *Psychoanalytic Quarterly*, 40(19).
- Stoller, R. J. (1975). *Perversion. The erotic form of hatred*. Nueva York: Pantheon.
- Winnicott, D. W. (2006). Las psicosis y el cuidado de niños. En D. W. Winnicott, *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: RBA. (Trabajo original publicado en 1953).